

## La Iglesia Católica ante los retos espirituales de Cuba

Por P. JORGE CELA, S.J.

El malecón, la avenida frontera entre La Habana y el mar, se ha convertido en símbolo de la ciudad. La publicidad para el turismo, las imágenes en las películas cubanas, los paseos de los turistas, las fiestas de carnaval, tienen como referencia obligada el malecón.

Parece que la ciudad entera mira al mar, porque del otro lado ha colocado su salvación. Y las frágiles figuras de los niños que caminan sobre el muro o los enamorados que conversan cara al mar, parecen desafiar las olas. Cuando estas arrecian, las gentes retroceden a refugiarse en la ciudad, en espera de tiempos mejores. Pero siempre para regresar, y desafiar de nuevo la furia del mar. Y la ciudad construye su historia en este diálogo permanente con el mar.

También la Iglesia se construye en diálogo permanente con su entorno, respondiendo a los retos que éste le plantea, desde la riqueza de su espiritualidad. Queremos presentar tres desafíos que el contexto cubano presenta hoy a la Iglesia y los caminos por donde ella intenta responder: la debilidad de los sujetos, el desencanto y las rupturas vitales.

### 1- De qué hablamos

Cuando hablamos de espiritualidad, de la manera de ser del espíritu, no estamos usando un término unívoco que todos comprendemos igual. Es obligado, entonces, comenzar por aclarar a qué nos referimos.

En nuestro caso, cuando hablamos

del espíritu nos referimos a una cualidad de la vida humana. La dimensión espiritual es algo propio de las personas humanas. Se suele oponer a la materia en cuanto que no tiene las dimensiones tangibles de tiempo y espacio de lo que llamamos materia. Sin embargo, el espíritu se expresa y actúa a través del cuerpo. Hablamos del ser humano como compuesto de cuerpo y espíritu, no como principios opuestos, sino complementarios. El ser humano es espíritu y materia, no como elementos yuxtapuestos, sino integrados. El espíritu se constituye en un cuerpo de forma que existe en el tiempo y el espacio, pero su tangibilidad no le es propia, sino del cuerpo.

Es algo más que la suma de los elementos que componen el cuerpo lo que constituye el espíritu humano, nuestra capacidad de pensar, de amar, de buscar sentido. Es lo que nos permite trascender los límites de nuestra piel, la percepción y la memoria, la mortalidad, el comportamiento instintivo... En fin, todo lo que nos constituye como humanos.

El espíritu es lo que nos asemeja a Dios y nos permite soñar y “creernos como dioses”, hasta llegar a descubrir nuestra fragilidad. El espíritu es lo que permite la calidad de nuestras relaciones humanas, capaces de trascender nuestras fronteras por el amor, lo que nos permite relacionarnos con el mundo desde el poder transformador de nuestra creatividad y nuestro trabajo, lo que nos permite relacionarnos con Dios como el Tú que da sentido a nuestra existencia.

Y la espiritualidad es la calidad de nuestra vida del espíritu. De donde se infiere que todos los humanos tenemos una vida espiritual, más o menos liberada de las ataduras de la materia, que establece formas y estilos de relación con el mundo, con los otros y con Dios. Y como hay escuelas para todo comportamiento humano (pedagógicas, artísticas, literarias, económicas,...), también las hay de vida espiritual. Estilos compartidos de vivir esta dimensión de la condición humana, que se crean, aprenden y recrean.

Y como el espíritu humano es siempre un espíritu en el mundo, situado en un espacio y tiempo a través del cuerpo, nuestra espiritualidad tiene que ver con el contexto en que vivimos. Más aún, nuestra espiritualidad se desarrolla en la relación con ese contexto, entra en un diálogo con él, que va transformando a ambos, a nosotros y a nuestro entorno. Por eso la espiritualidad siempre nos revela algo de nuestro contexto y de la forma de relacionarnos con él. La espiritualidad siempre nos habla de la manera en que el ser humano trasciende su contexto; por eso la espiritualidad es el espacio de la libertad.

Cuando hablamos de Dios nos referimos a Él como Espíritu, sin las limitaciones de la materia. El conocimiento, el amor, la libertad, en Él no tienen límite. Su estilo no está condicionado por las limitaciones de un tiempo y una geografía. Su estilo está marcado por la ausencia de límites en su conocimiento, en su libertad, en su amor.

Los seres humanos siempre nos hemos sentido incómodos con nuestras



limitaciones. Hemos aspirado a “ser como dioses”. Y cuando hemos querido imaginarnos a Dios, nos hemos quedado cortos y nos hemos fabricado un dios humano, limitado. San Agustín le decía a Dios: “nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”. O hemos intentado deificar nuestros héroes o antepasados. Y siempre el resultado ha sido el mismo: dioses humanos, falsos dioses.

Dios permanece para nosotros como misterio, como el insondable, más grande que todas nuestras capacidades, inabarcable. Y eso es lo que lo hace Dios, el que siempre nos trasciende. Trascender, atisbar la trascendencia, son operaciones propias del espíritu.

Pero a nosotros, los cristianos, Dios nos ha sorprendido haciéndose humano. No es el hombre que juega a divinizar, sino Dios que asume nuestra condición hasta el extremo, “hasta la muerte y muerte de Cruz”<sup>1</sup>. En Jesús, el Dios Espíritu toma cuerpo. Dios se somete a las limitaciones espacio-temporales de una vida humana. Entra en un diálogo mucho más cercano con el hombre y la mujer. Y nos abre a una cercanía mucho mayor con el Dios siempre más grande, que se nos muestra siempre más pequeño. El Dios que se nos revela en el débil, en el pobre, en el niño. El Dios que toma rostro corporal para decirnos su palabra de amor sin límite.

Por eso la espiritualidad cristiana tiene que ser encarnada, de ojos abiertos “que sabe discernir a Dios entre las sombras”<sup>2</sup> en una realidad inundada

por la presencia del Dios sin límites que se nos revela en la frontera de la condición humana. De un Dios que es amor y crea por amor y para amar. Del Dios de los pobres y pequeños.

Pero es también la búsqueda del Espíritu interior que clama en nosotros Abba Padre y se expresa en la manifestación de la belleza, la armonía, la unidad. Del Dios a quien se busca huyendo del mundo y mirando adentro. Por eso la palabra espiritualidad se presta a distintas interpretaciones.

Cuando se diseñó el Primer Plan Pastoral de la Iglesia cubana la espiritualidad era el objetivo de la formación. Pero se quería que esta formación no fuera puramente intelectual, de contenidos teológicos, sino que incorporara “la experiencia de Dios a nivel personal y comunitario”, una vivencia que fundamentara “el compromiso social y eclesial”<sup>3</sup>.

Al hacer las encuestas del estudio sobre la realidad eclesial cubana no se preguntó explícitamente qué entendían por espiritualidad, pero algunas respuestas insinúan, al menos la presencia de estas dos concepciones sobre espiritualidad: una más centrada en prácticas devotas que alimentan nuestra fe y la otra en experiencias que dan sentido a la vida y el quehacer cotidiano<sup>4</sup>.

Llama la atención que la segunda prioridad seleccionada para la Iglesia cubana fue, después de la familia, la espiritualidad (54 por ciento).

## 2- Los retos espirituales del país

Nos vamos a fijar en tres grandes retos espirituales que la realidad cubana plantea a la Iglesia

### 2.1 La subjetividad

Por el espíritu la persona humana se constituye en sujeto. Es en la libertad para optar en la vida desde la razón y el amor, trascendiendo sus propios límites e intereses, con la mira puesta en lo que da sentido a su vida, que la persona deja de ser objeto de las decisiones de otro y se constituye en sujeto libre. Pero cuando las decisiones no están en nuestras manos la libertad se recorta y nos convertimos en objetos de las decisiones de otros. Lo mismo cuando al optar no tenemos toda la información, nuestra libertad es ciega, incompleta.

Así asumimos nuestra identidad al definir nuestra relación con el mundo que nos rodea, con las personas, con Dios. La historia que vivimos en una geografía concreta va construyendo el tejido de relaciones del que surge nuestra identidad como única y libre, pero al mismo tiempo ligada a un pueblo, una comunidad, una familia.

Nos vamos haciendo, para bien o para mal, desde las opciones de nuestra voluntad, pero también como don desde las relaciones gratuitas de amor. Y

**BÚSQUEDA**

podemos asumir nuestra debilidad desde el don del perdón. El énfasis voluntarista nos convierte en luchadores fuertes, pero nos debilita al hacernos más difícil la gratuidad del perdón y la reconciliación. Y estos aparecen como añoranza insatisfecha del espíritu endurecido. Aprender a perdonarnos y a perdonar nos permite reconciliarnos con nuestra historia y nuestro entorno, con nuestro tiempo y espacio<sup>5</sup>.

Cuando se ha vivido una historia conflictiva y dura el espíritu desarrolla corazas de protección con las que intenta protegerse, pero que le impiden las relaciones que le hacen crecer. Cuando el voluntarismo se transforma en control, en esfuerzo por vigilar que no se desvíe la conducta de las pautas establecidas, nuestro interior es invadido por el miedo y la desconfianza. Intentamos ocultar nuestra debilidad, enmascarar nuestro frágil interior, y afirmarnos en la dureza de nuestros juicios sobre los demás. Nos acostumbramos a vivir en la mentira, y sembramos distancia de los que nos rodean a través de la desconfianza. Nuestra mente autocontrola la criticidad, acallamos nuestra voz por miedo, eliminamos toda iniciativa y creatividad y desconfiamos de tal manera que nos hacemos incapaces de compartir y trabajar en equipo. Hemos perdido la libertad y no nos atrevemos a ser nosotros mismos. El miedo nos paraliza, como a los personajes del filme de Fernando Pérez *La vida es silbar* (1998).

Buscamos entonces escapes para afirmar nuestra libertad, para afirmarnos como sujetos de derechos, para expresar nuestra rebeldía sin riesgos. Y en el fondo, buscamos más que instantes de afirmación, espacios de gratuidad, de amor. La sexualidad puede entonces convertirse en un escape del espíritu prisionero, y al instrumentalizarla le quitamos su dimensión gratuita, la destruimos como expresión del amor. La hacemos puro instinto material, vaciándola de espiritualidad.

La misma solidaridad puede dejar de ser don gratuito de amistad y reconocimiento del otro para convertirse en deber, en principio racional, que se impone autoritariamente a nuestra voluntad, perdiendo su sentido.

Las formas de voluntarismo y autoritarismo, contra las que nos rebelamos internamente porque aprisionan nuestro espíritu, se convierten en formas aprendidas de comportamiento que tendemos a reproducir. Y repetimos aquello que odiamos. Valoramos la uniformidad llamándola unidad; el autoritarismo como fidelidad. Perdemos la capacidad de construir relaciones horizontales y gratuitas, que conlleven el riesgo de la libertad, y terminamos deseando que nos digan lo que hay que hacer para sentirnos seguros.

Ser sujetos de derechos nos convierte en ciudadanos, miembros de un pueblo, en relación con otros que comparten la vida en el espacio de la sociedad, en el tiempo de la historia que vamos construyendo. Por eso nuestra identidad personal está íntimamente ligada a nuestra condición de ciudadanos, de cubanos. Pero, ¿qué significa sabernos cubanos y que implicaciones trae a nuestro imaginario?

La encuesta nos dice que muchos piensan la identidad nacional como “amar la tierra y los valores de la nación” (39 por ciento). Otros hablan de “esforzarse por una Cuba mejor” (30 por ciento). Los que definen así la identidad tienden a soñar el futuro como una Cuba transformada (51.0 por ciento y 62 por ciento)<sup>6</sup>. Al soñar el futuro, casi la mitad piensa en una “Cuba transformada”, lo que implica un cambio más radical que otras opiniones que se conforman con cambios parciales: la desaparición del período especial (12 por ciento), o del bloqueo (8 por ciento) o de sus problemas actuales (6 por ciento)<sup>7</sup>.

En un contexto hostil, la fe en un Dios a quien se ve como “El Padre Bueno de toda la humanidad” (70 por ciento) es una fuerza para enfrentar la vida. Sobre todo cuando se percibe a Jesucristo como ese “Dios hecho hombre” (72 por ciento) y de manera más afectiva: “mi amigo fiel” (14 por ciento)<sup>8</sup>.

Necesitamos emprender la vuelta a la casa del Padre desde la libertad que nos permite pensarnos como sujetos, ciudadanos, hijos del Padre, y soñar con un futuro que nos devuelva el sen-

tido y la alegría de vivir. Y siempre es más fácil volver a la casa del Padre por la puerta de la Madre. Por eso la Virgen de la Caridad convoca con tanta fuerza.

El primer reto es la constitución de los sujetos de derecho desde la libertad, el fortalecimiento de una identidad herida y confundida, que se sienta libre para optar por la vida y construirla, que se sienta responsable y entusiasmada con su futuro.

## 2.2- El desafío del desencanto, la desesperanza.

Cuba ha vivido un largo período de escasez y dificultades económicas. Primero fue el bloqueo, que fue suavizado por la época de colaboración con el bloque socialista. Luego vino el período especial tras la caída del bloque socialista, hasta que apareció la alianza con Venezuela. Pero ahora arrecia de nuevo la escasez y la crisis económica. Son cincuenta y dos años viviendo estoicamente en la austeridad. Las primeras generaciones lo hicieron por la Revolución, porque la dignidad del pueblo cubano y los logros de la Revolución, bien valían el sacrificio. Luego fueron medidas provisionales para enfrentar la crisis. Pero tantos años han ido desgastando la esperanza de mejora.

La realidad cubana no está marcada por la pobreza extrema en un núcleo significativo de la población. El gran logro cubano ha sido abrir el acceso a todos y todas a los bienes básicos. La pobreza está en no haber podido pasar de ahí, en mantener demasiado bajos los límites de la aspiración a la vida buena hasta agostar los sueños y desanimar los esfuerzos de mejora. El mismo Estado ha criticado el igualitarismo y el paternalismo que ha practicado<sup>9</sup>. El momento presente, en que el modelo hace crisis y se plantean cambios radicales para enfrentar la situación, crea pánico en una población que siente que sus seguridades se acaban.

Las nuevas generaciones no conocieron los tiempos pasados peores, no

vivieron la experiencia revolucionaria como un triunfo propio, sólo han conocido una escasez prolongada y creciente y, cada vez más, el impacto del efecto demostración del consumismo que se exhibe en los turistas y sus instalaciones, en los emigrantes que regresan de visita, en los medios de comunicación, cada vez más incontenibles, y en las oportunidades de negocio y buen vivir para extranjeros.

Cuando la obsesión por la comida se vuelve tema omnipresente en toda conversación; cuando el deterioro y escasez de las viviendas llega a su límite y se convierte en la causa principal de divorcios; cuando el transporte requiere cada vez más tiempo y esfuerzo; cuando incluso se presiente que acaban las seguridades (fin de la cartilla de racionamiento, fin del empleo asegurado) y los servicios se deterioran (educación, salud,...); las condiciones materiales atrapan la existencia y toda la energía, tiempo y creatividad se concentra en “resolver” las necesidades básicas. La obsesión por la sobrevivencia se va comiendo la vida del espíritu. La existencia se vuelve inmediata, monótona y sin horizonte. El goce de la vida se da sólo en instantes, no en procesos, y la esperanza se disuelve en la repetición de los ritos que nos permiten sobrevivir. El “carpe diem”, aprovechar la oportunidad presente, se convierte en horizonte y termina por ahogarnos en la carrera desenfrenada por el goce instantáneo y pasajero.

Y la rebeldía se vuelve sueño de consumo y de escape de esta geografía y esta historia en la que hemos perdido la esperanza. Sólo nos queda escapar. Gran parte de la población vive con el anhelo de poder huir a la tierra de la abundancia, no importa a qué precio.

El futuro sólo se sueña como ruptura: un nuevo país. Y la sobrevivencia cotidiana va absorbiendo la creatividad para resolver. Y esta creatividad penetra en el ámbito de lo prohibido. Lo ilegal se justifica por la necesidad. Pero cuando traspasa los límites de la necesidad sigue justificándose, y la única ética existente es la de sálvese quien pueda. Y qué difícil se hace entonces regresar a valorar la ley y a aceptar los sacrificios personales para el bien común (el pago de impuestos,

el respeto a la propiedad ajena, el sometimiento a normas y procedimientos, el cumplimiento de la ley).

Se vive engañando, simulando, contradiciendo valores en los que todavía se cree, pero que no se practican, en la falta de transparencia y honestidad. Por eso en la encuesta realizada para el estudio sobre la Iglesia cubana las virtudes más apreciadas eran la honestidad (75 por ciento) y la sinceridad (67 por ciento) y los defectos más rechazados eran la mentira (78 por ciento), el egoísmo (61 por ciento) y la doble moral (59 por ciento).

El recurso del humor sigue siendo la manera de escapar de esta realidad

humillante. Si no soy capaz de proveer para la sobrevivencia mía y de mi familia, con dignidad, el único recurso es tirarlo todo a relajo. O escapar en los sueños carentes de realismo, o la espera del milagro, que se intenta comprar con cualquier rito.

Es un espíritu desencantado, que ha perdido el encanto de vivir y se arrastra, cansado de la vida, sin sueños ni horizonte, amargado con su suerte. Es la imagen que se repite con frecuencia en la producción cinematográfica *Suite Habana* (2003), con sus personajes desencantados, *Havana Blues* (2005), película cubano-franco-hispana que re-



**BÚSQUEDA**



fleja la tensión interior de quienes no quieren acabar de renunciar, *El cuerno de la abundancia* (2008), largometraje dirigido a burlarse de los sueños que prometen el bienestar, y tantas otras.

La espera de la llegada de la salvación se convierte en esperanza que nos saca de nosotros para lanzarnos en la búsqueda de nuestra esperanza. Espera quien no se asume como sujeto, sino como objeto receptor de la acción de otro. Su acción se limita a los ritos que “amarran” la acción del otro. Lo religioso es un contrato que garantiza la salvación. Así, el pasado fin de año muchos salieron a la calle a las 12 de la noche con una maleta en la mano. Era el rito para garantizar la salida de Cuba. Ya sólo queda esperar. Tiene esperanza quien sale en busca de lo que sueña, con la disposición de construirlo, de luchar por conquistarlo.

El desbordamiento popular ante el recorrido de la imagen de la Virgen de la Caridad nos habla de esta experiencia. Un pueblo cansado de esperar sale a buscar su salvación. Nos podemos preguntar si al paso de la Virgen siente la fuerza de Dios que le anima y da esperanza para construirla o si viene a cumplir el rito para volver a sentarse a esperarla. Parece que hay una mezcla de ambas. El carácter masivo, emotivo, festivo, de movilización, nos indica que es más que un rito de negociación. Es la confianza en alguien que dará una mano en el camino de la vida, y eso ayuda a echarse a andar en esperanza.

En la vida cansada, derrotada, la espera se da en el tiempo material que nos vence y nos encierra en los espacios de siempre. En la encuesta aparece un predominio de la visión pesimista del futuro (50 por ciento) sobre la optimista (43 por ciento)<sup>10</sup>. La esperanza es recurso del espíritu que, ante las fronteras de la vida (como la enfermedad, la muerte, el desamor, la ruptura familiar o la aventura de la migración), construye nuevos tiempos y nuevos espacios. Para los cristianos la esperanza de vida después de la muerte les da ánimo para enfrentar la dureza de una vida adversa, sobre todo cuando se piensa como “una vida nueva y distinta en Dios” (76 por ciento). Pero para quienes no

tienen fe, se hace muy duro aceptar la derrota en esta vida.

El desencanto es el primer reto que tiene que enfrentar la Iglesia en la espiritualidad cubana. Ese desencanto que roba la alegría de vivir, la ilusión, la esperanza, los motivos para soñar, el horizonte.

### 2.3- Las rupturas

El mundo del espíritu es el mundo de los significados, del sentido. El mundo material cobra significado y sentido a partir de la entrada al mundo del espíritu humano por el conocimiento. Así el espacio material entra en el mundo de la espiritualidad. Tenemos espacios profanos y espacios sagrados; hay una proximidad material y una cercanía espiritual. Las distancias se hacen más lejanas cuando van cargadas de significados y sentido. La lejanía es mayor cuando implica una ruptura afectiva. Los espacios vacíos se llenan de sentido con la presencia de Dios.

En Cuba ha habido una ruptura de los espacios que habitan los afectos y los sentidos más profundos de la vida: patria, familia y religión. Uno de cada seis o siete cubanos vive en el exterior. Esta proporción no es distinta de la de otros países del área como República Dominicana, El Salvador o Guatemala. Pero la distancia ha sido más honda, la ruptura más profunda, porque ha sido exilio y no migración<sup>11</sup>. Esto significa que ha sido ruptura con la patria (o al menos con el sistema vigente en ella), con amigos y familiares (con la carga de ruptura afectiva creada por las implicaciones ideológicas), sin vuelta atrás muchas veces. La distancia no son las noventa millas geográficas. La distancia va cargada de ideología, afectos rotos que les cuesta perdonar las rupturas provocadas, dolor por la dificultad del regreso. Hay muchas heridas que han quedado enquistadas como odio y aversión.

La distancia ha supuesto intentar borrar los tiempos vividos con familiares y amigos en la patria, comenzar la historia de nuevo. El dolor de la ruptura del tiempo en el que se construyen los procesos afectivos cotidianos. De

alguna manera la identidad personal y colectiva ha quedado herida, rota. La familia dividida no sólo espacialmente, sino también afectivamente. La patria dividida igualmente. Por eso es tan honda la amargura de la separación, y tan difícil, pero al mismo tiempo ansiada, la reconciliación. Y este dolor es compartido por los que se fueron y por los que quedaron.

Por eso en la encuesta aparece que la primera prioridad de la Iglesia debe ser trabajar con la familia<sup>12</sup>. Ha sido esta la institución social que más ha sufrido en los últimos tiempos. No sólo en Cuba, pero también.

En la encuesta aludida el 35 por ciento piensa que la migración ha privado al país de muchos miembros útiles, queridos y necesarios, el 10 por ciento la considera como un abandono de la responsabilidad ciudadana; y el 31 por ciento sienten dolor porque ha dividido sus familias. Es decir, que más de las tres cuartas partes sangra por esta herida<sup>13</sup>. Por eso el 56 por ciento considera el perdón como una virtud fundamental para sanar este dolor<sup>14</sup>. En la población es un miedo ante el futuro la posibilidad de la ruptura familiar (43 por ciento).<sup>15</sup>

Esta ruptura también se produce en la relación con Dios. Según la encuesta citada, sólo la cuarta parte de los que participan en la Iglesia lo ha hecho continuamente durante toda su vida. Las tres cuartas partes estuvieron un tiempo alejados (48 por ciento) o llegaron a la comunidad eclesial de mayores (27 por ciento). 39 por ciento de los que estuvieron alejados, fue por más de 20 años. En el año 2000 el 60 por ciento de la gente de práctica católica entre 40 y 70 años habían estado alejados de la Iglesia.<sup>16</sup>

Esta decisión fue tomada porque en un determinado momento se vio incompatibilidad entre la opción eclesial y la Revolución y se decidió apostar por la Revolución motivados por el proyecto revolucionario o por el miedo, en el momento de relaciones más tensas, a perder oportunidades de estudio

o empleo para sí mismos o para los hijos. Pero la decisión fue dolorosa y muchas veces no asimilada, e incluso forzada. Por eso, al venir el desencanto por la Revolución o el debilitamiento de la tensión, volvieron a la Iglesia. Pero en muchos la herida está abierta, y el remordimiento y sentimiento de culpa hondamente presentes. Por eso la mayor preocupación para el 44 por ciento es que la Iglesia sea presionada nuevamente<sup>17</sup>.

El tiempo y espacio quebrados impiden percibir la procesualidad de la vida. Cuando se rompen nuestro tiempo o nuestro espacio nos sentimos huérfanos, abandonados, impotentes. Nuestra esperanza entonces se convierte en ilusión de una nueva ruptura que nos haga volar al pasado o al futuro soñado. El futuro se nos aparece como don sólo alcanzable por la ruptura de nuestro tiempo y espacio: el viaje a mundos desconocidos, el milagro, la sorpresa de un final feliz sin causa previa.

El tiempo y espacio rotos crean una profunda inseguridad. Si perdemos la noción de tiempo y espacio, la memoria y la orientación, se nos va el piso debajo de los pies y no sabemos de dónde venimos ni a dónde vamos. Cuando el tiempo y el espacio se fracturan, nuestra seguridad se ve amenazada. Perdemos control de los procesos y el cambio se nos presenta como un desafío incontrolable. Cuando nuestra experiencia ha sido la de sentirnos protegidos, con empleo, comida, educación y salud aseguradas, y, de pronto, nos enfrentamos al mar proceloso de la vida donde nada está seguro y para todo hay que correr el riesgo de conquistarlo, la ausencia de seguridades materiales nos crea la sensación de inseguridad vital y sentimos miedo a los cambios que amenazan nuestra cotidianidad amenazada. El espíritu busca asirse de seguridades que le permitan avanzar. La comunidad nacional o familiar rota nos empuja a buscar desesperadamente la seguridad perdida.

Es entonces que el sentido religioso nos invita a confiar en la seguridad que nos brinda el poder trascendente. Y por este camino podemos llegar a la pregunta sobre el sentido de la vida

que creemos en peligro y plantearnos la pregunta religiosa fundamental. 16 por ciento de las personas encuestadas dijeron que lo que las trajo a la Iglesia fue la búsqueda de paz interior, que les sacara de la angustia de su inseguridad vital<sup>18</sup>. Es la fuerza del lema “la Caridad nos une” alrededor de la Virgen peregrina, que agrupa a su alrededor a los que estaban dispersos, a lo que estaba roto. La encuesta nos decía que la Virgen es el “signo de la unidad de todos los cubanos” (22 por ciento).<sup>19</sup>

Esta espiritualidad nacida de la necesidad de seguridad puede ser un autoengaño. Sólo cuando la experiencia religiosa nos lleva a superar nuestros miedos y nos hace trascender nuestras inseguridades para correr el riesgo del amor, podemos decir que es una espiritualidad auténtica de encuentro con el Otro.

El segundo reto es la reconciliación consigo y con su entorno, que permita la integración de los espacios y tiempos en una sola historia, que nos facilite pensar un proyecto de todos, que integre en un cuerpo la familia dividida, la nación escindida, la persona fragmentada.

### 3- La propuesta de la Iglesia

#### 3.1- Subjetividad

La fe cristiana es el reconocimiento en Jesús, hecho hombre, muerto y resucitado, del Dios siempre más grande que se nos da a conocer desde la cercanía del más pequeño. Por la fe, el mundo se transparenta en su sentido y nos abre a la comunión con el entorno, los otros y Dios. Por la fe descubrimos nuestra identidad como hijos de Dios y la fraternidad de toda la humanidad como principio organizador de las relaciones sociales. Por la fe nos adentramos en el misterio de Dios con la confianza de quien se fía de su Padre Bueno.

Por la fe reconocemos a Dios en Jesús y nos dejamos conquistar por Él. Nuestra voluntad se dispone en todo amar y servir en seguimiento de Jesús, pero con la certeza de que “ni que el que planta ni el que riega, sino Dios es

el que da el crecimiento”<sup>20</sup>. Descubrimos a Dios, que se nos hace don de sí y nos invita a la generosidad del amor sin facturas. Y en la relación de amor no tiene lugar el autoritarismo que ignora los derechos de la persona y la subyuga. El lenguaje del amor es el diálogo respetuoso. Y en nuestra relación de fe aprendemos a hablarle a Dios con la confianza de quien se atreve a decirle Abbá, Padre. En esta relación descubrimos la presencia de todos los hombres y mujeres que con nosotros le llaman Padre Nuestro.

En la encuesta de la Iglesia cubana, 63 por ciento de los cristianos afirmaban que oraban a Dios para acercarse a Él, no por una utilidad inmediata. Descubrir este diálogo con Dios es trascender una espiritualidad del intercambio en busca de seguridades para entrar en la relación de fe y confianza. 7 por ciento confesaron que oran para buscar la voluntad de Dios en un paso más en esta relación. La Iglesia debe proponer y enseñar esta forma de relación con el Padre (a quien el 59 por ciento dirige habitualmente su oración)<sup>21</sup>.

Esta oración se convierte en una escuela de discernimiento de la voluntad de Dios, que es una forma de oración de gran valor para el laicado, que está en el mundo, y sin salir de él, quiere buscar la voluntad de Dios en las situaciones que lo sitúa su vida familiar, profesional, eclesial y política. En los procesos difíciles de cambio en que se juega la suerte de todo un pueblo debemos aprender no sólo a analizar con la ayuda de las ciencias sociales, sino a discernir la voz de Dios en la historia, a leer los signos de los tiempos. Esta tarea no es individual, sino colectiva. Tenemos que crear comunidades de discernimiento.

Preguntados en la encuesta cuál creían que era la fortaleza mayor de la Iglesia en todos los contextos, la respuesta mayoritaria fue: su fe y entrega a Jesucristo. Es esta fe comprometida el testimonio principal de la fe. Lo ha sido en los tiempos difíciles. Por eso aparece como tercera fortaleza la fir-

**BÚSQUEDA**

meza de sus convicciones. Pero lo es también el principio del amor que la mantiene unida. Por eso la unidad de la Iglesia es vista como su segunda fortaleza y su acompañamiento a los más necesitados como la cuarta<sup>22</sup>.

La fe nos dota de la identidad de cristianos, de hijos de Dios, que es la raíz de la dignidad de los seres humanos, que nos constituye en sujetos de derechos, y la fuente de la fraternidad, que nace de nuestra condición de hijos del mismo Padre. Ese es el proyecto de Jesús, que todos seamos hermanos en la construcción de un mundo según el corazón de nuestro Padre Dios. La fe cristiana nos lleva a construir un mundo de sujetos libres, reconocidos en su dignidad y relacionados en fraternidad.

Los principios de la igualdad, de la solidaridad, de la justicia, de la fraternidad tienen que ser asumidos por la Iglesia desde la fe. Como también la libertad, la participación, la creatividad, y tantos otros que nacen del proyecto de Jesús. Fortalecer la fe desde esta perspectiva (no sólo como conocimiento, sino como vivencia espiritual de los cristianos, y como posibilidad de unidad en la diversidad con otros creyentes y no creyentes), es tarea propia y pendiente para la Iglesia cubana.

Una espiritualidad profunda le ayudará a alcanzar y vivir sus aspiraciones:

- Tener más espacio en la sociedad para cumplir su misión (67 por ciento), más que tener más poder para influir en la sociedad (36 por ciento)

- Tener participación en el sistema educativo (66 por ciento), más que tener escuelas propias (34 por ciento)

- Tener más presencia en los medios de comunicación (61 por ciento)<sup>23</sup>.

### 3.2- Esperanza

Frente al desafío del desencanto con la historia y la desesperanza frente al futuro, la Iglesia debe construir la

esperanza como tiempo espiritual de la comunidad. La fe cristiana parte de Jesucristo, que para salvarnos de la realidad de pecado no nos saca de ella ni interviene desde fuera con poder, sino que se encarna en ella hasta la muerte, muerte de cruz para mostrarnos que el Padre transforma la muerte en resurrección.

Nuestra esperanza no nace de escaparnos, evadir o ignorar la realidad, sino de encarnarnos en ella con una "mística de los ojos abiertos" y asumirla hasta la muerte para transformarla desde dentro, desde nuestra pobreza y debilidad, con el poder de Dios.



La esperanza cristiana no se basa en cálculos estratégicos o expectativas de intervenciones mágicas de final feliz. Su raíz está en un Dios sensible, que escucha el clamor de su pueblo y acude a salvarlo. Nuestra esperanza nace de la fe, de habernos fiado del Dios enteramente bueno.

Las comunidades de la Iglesia tienen que ser comunidades de esperanza. No podemos anunciar a un Jesús vencido, sino al resucitado vencedor de la

muerte. Pero no desde el espectáculo milagrero, sino desde la encarnación en la realidad a la que acompañamos. Nuestra salvación viene de que Jesús se nos hace prójimo y camina con nosotros. De nuestra capacidad de insertarnos en la realidad herida y descubrir en ella la salvación que brota nueva. En nuestra capacidad de trascender las fronteras y no de dejarnos agobiar por su dificultad. Nuestra predicación tiene que ser invitación a la esperanza desde el discernimiento de los brotes de vida nueva en medio de la realidad difícil que vivimos.

La Iglesia tiene que trabajar la espiritualidad de la esperanza y convertirla en vivencia popular de la fe que movilice hacia la construcción del Reino, hacia la ocupación de nuevos espacios en la sociedad que anuncien la llegada del Reino. Nuestras comunidades y sus celebraciones no pueden ser espacios de nostalgia y lamento, de recrudescimiento de la amargura. Estamos anunciando al resucitado. Pero tampoco pueden ser comunidades de espaldas a una realidad que se vuelve dolorosa y conflictiva. Tienen que ser luz y fuerza para avanzar en medio de la noche.

Debemos acompañar en las angustias, pero también proponer, fomentar la creatividad y la solidaridad, la actitud de búsqueda de oportunidades, de hacer crecer el Reino, incluso desde los escombros.

### 3.3- Reconciliación

Ante las rupturas que destruyen la comunión en la sociedad y en la familia, ante la fragmentación de nuestra identidad, en la multiplicidad de llamados y ofertas de un mundo que se ha convertido en mercado de ideologías, ofertas para el consumo, en guerra por conquistar nuestra fidelidad, la Iglesia debe ser espacio de comunión y participación, un lugar donde poder dar lo mejor de nosotros mismos (14 por ciento), donde la unidad se construya

**BÚSQUEDA**

por la participación de todos y todas, y el estilo de la comunidad cristiana es la convivencia fraternal<sup>24</sup>.

Tenemos que construir comunidades abiertas, que se autoperceban como puentes hacia los otros, los excluidos, los diferentes, los de fuera. Cristo vino para hacer de los dos pueblos uno, derribando el muro de la separación.<sup>25</sup> El amor no debe ser sólo tema de predicación. Debe ser estilo de relación en las comunidades de la Iglesia con relaciones horizontales, donde todos se sientan invitados a participar, con oportunidades de comunión, en el compromiso por la construcción de una sociedad más justa, en la solidaridad vivida en el compartir cotidiano, en la organización fraternal, no autoritaria, que funciona por el diálogo y el trabajo de equipo. Las comunidades cristianas deben ser escuelas de convivencia.

Estas comunidades de solidaridad son la manera de vivir nuestro amor a Dios, amando a nuestro hermano a quien vemos<sup>26</sup>. 47 por ciento de los cristianos ven la Iglesia como esta comunidad de los que han creído en Jesús y 60 por ciento viven la Eucaristía desde esta dimensión comunitaria: “el encuentro de la comunidad cristiana con su Padre Dios” (60 por ciento)<sup>27</sup>.

La Iglesia entonces debe jugar un papel central en la creación de espacios de reconciliación y de integración de las comunidades rotas, y que empieza por la integración de cada persona. Debemos ofrecer una espiritualidad que aporte a la integración de las identidades personales y colectivas, que propicie el encuentro con el Dios que siempre nos envía a liberar al pueblo<sup>28</sup>, a dejarnos conmover por el pueblo hambriento de pan, libertad y Dios<sup>29</sup> y hacernos cargo de nuestro hermano<sup>30</sup>.

La Iglesia debe hacerse presente en las fronteras del conflicto, la exclusión y la pobreza, para integrar el mundo globalizado, en la gran familia de los hijos de Dios.

#### 4- Conclusión:

Hemos mirado a tres desafíos importantes que debe atender la Iglesia de Cuba. No son los únicos. Pero, sobre

todo, no constituyen la totalidad de la realidad. Para enfrentar esos desafíos contamos con la riqueza espiritual del pueblo cubano. Para la tarea de construir comunidades de fe comprometida, de solidaridad y esperanza, la Iglesia cuenta con esa reserva.

La primera es que disponemos de un pueblo educado. La mitad de la población (50 por ciento) tiene nivel universitario o de técnico medio y otro 19 por ciento ha cursado el preuniversitario<sup>31</sup>. Ninguna otra Iglesia latinoamericana disfruta de un pueblo con este nivel. Es la riqueza de un capital humano con capacidad para la construcción de la sociedad y para la reflexión.

La segunda es que la Revolución se construyó sobre ideales ciudadanos en los que jugaba un papel muy importante la solidaridad. Aunque no todos la hayan conocido, aunque el tiempo y el desencanto la hayan desgastado, la solidaridad ha sido tema recurrente de educación, cultura y propaganda. Y eso prendió en mucha gente. Ser solidario es un valor importante en la sociedad cubana. Solidaridad quizá con los ideológicamente afines, pero apertura generosa al otro, que ha supuesto muchos sacrificios a la economía cubana y a los miles de cubanos y cubanas que han ido en misiones al exterior y han dado realmente lo mejor de sí mismos a cambio de prácticamente nada. La solidaridad tiene que ver con la construcción de fraternidad y con la limitación de las desigualdades sociales.

Muchos de los sacrificios vividos han tenido su causa en la defensa de la dignidad frente al abuso. Para América Latina, Cuba es símbolo de quien ha sabido plantarse con dignidad ante el más fuerte. Esta dignidad ha representado recuperación de la autoestima para poblaciones que la habían perdido por su marginación. Quizá una de las cosas más dolorosas ha sido renunciar a esta dignidad para emigrar o para sobrevivir en el ejercicio del jinetismo.

Otro valor cultivado ha sido la capacidad de resistencia, relacionado con el anterior. Es un pueblo que ha sabido resistir con dignidad el bloqueo o embargo, y sus consecuencias, las limitaciones económicas, y muchas tra-

bas para la convivencia y la libertad. Esta capacidad de resistir se ha valido de otros recursos: el voluntarismo, el humor y la creatividad.

Aunque hemos criticado en el voluntarismo su falta de gratuidad, sin duda ha forjado espíritus fuertes capaces de luchar y resistir. Y ante los muchos embates de la vida, esta resistencia se ha hecho más llevadera por el relajamiento cubano, la capacidad de tomar con humor las cosas más duras y de tirar a broma las situaciones más humillantes. Y así los cubanos hemos aprendido a resolver, con creatividad, con humor, con dignidad.

Con esta riqueza espiritual de la cultura cuenta la Iglesia para enfrentar los desafíos del futuro inmediato, que se anuncia como de fuerte escasez y tensión, pero que puede estar preñado de la novedad que anhela todo corazón cubano.



1. Flp.2. 7-8.
2. Benjamín González Buelta, S.J., *Caminar sobre las aguas*, Sal Térrera-Mensajero, 2010, p.17
3. Plan Pastoral
4. La pregunta sobre la vida cristiana nos parece confirmar que la visión predominante es la segunda. Para casi dos terceras partes (65 por ciento) la vida cristiana consiste en la fe explicita en Jesús que se traduce en obras: “creer en Jesús y vivir su enseñanza”. Entre los menores de 30 llegan casi a las tres cuartas partes (74 por ciento). Esta definición tiene dos componentes: la fe en Jesús y la vivencia de su enseñanza. Según la encuesta personal, el 72.0 por ciento entienden la fe como la aceptación de Dios en mi vida. Es una concepción vivencial a diferencia de otras opiniones más sentimentales (“un sentimiento muy profundo” 13 por ciento) o racionales (“el conjunto de mis creencias” 5 por ciento). Un segundo grupo (12 por ciento) insiste en el contenido social de la vida cristiana, abierta incluso al cristiano anónimo que no explicita su fe, al definirla como “amar al prójimo y practicar la justicia”. *La Iglesia en Cuba*, manusc., 2004, p. 18
5. En la encuesta citada la imagen de Dios como juez es casi el doble más frecuente entre los que estuvieron apartados de la Iglesia que entre los que no. *La Iglesia en Cuba*, p.22.
6. *La Iglesia en Cuba*, p.58.
7. *Idem* p. 58
8. *Idem*, p.23.
9. Se trata sencillamente de transformar conceptos erróneos e insostenibles acerca del Socialismo, muy enraizados en amplios sectores de la población durante años, como consecuencia del excesivo enfoque paternalista, idealista e igualitarista que instituyó la Revolución en aras de la justicia social. (Discurso del Presidente Raúl Castro en la Asamblea Nacional del Poder Popular, el 18 de diciembre de 2010).
10. *La Iglesia en Cuba*, p. 60. A 4 por ciento les da alegría pensar en el futuro y a 39 por ciento les llena de esperanza.
11. Aunque esto podría cuestionarse de las migraciones más recientes, cuya motivación es quizá más de búsqueda de mejoría económica que de origen político.
12. *La Iglesia en Cuba*, p. 63.
13. *Idem* p. 71.
14. *Idem*, p.19.
15. *Idem*, p.60.
16. *Idem*, p.13.
17. *Idem*, p. 60.
18. *Idem*, p. 13
19. *Idem*, p.20.
20. 1 Cor.3,7.
21. *La Iglesia en Cuba*, p. 19
22. *Idem*, p. 35.
23. *Idem*, p.64.
24. *Idem*, p.34.
25. Ef. 2, 14.
26. 1 Jn. 4,30.
27. *La Iglesia en Cuba*, p.31.
28. Ex. 3, 10.
29. Mt.14, 14.
30. Lc.10, 25ss
31. *La Iglesia en Cuba*, p. 8.

**BÚSQUEDA**